

Domingo de Pentecostés

Hechos de los apóstoles 2, 1-11; 1 Corintios 12, 3b-7. 12-13; Juan 20, 19-23

«Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envió Yo. Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados»

9 junio 2019 P. Carlos Padilla Esteban

«Sólo sé que entiendo lenguas que antes ignoraba. Veo más cerca el horizonte que parecía lejos. Y llevo en mi corazón un sueño eterno, que ha sembrado Dios. Llevo mis raíces conmigo»

Me gusta soñar. Me gusta mirar al cielo. Es mi vocación caminar hacia las estrellas. Pero luego bajo la mirada a la tierra y me pregunto: ¿Es posible cambiar este mundo? Me lo repito a menudo. Quiero cambiarlo. Escribe Benedetti: *«Dale vida a tus sueños, aunque te llamen loco, no los dejes que mueran de hastío, poco a poco. No les rompas las alas, que son de fantasía. Y déjalos que vuelen contigo en compañía»*. Y una publicidad me dice: *«No rompas tus sueños, cambia el mundo»*. Hago mía esta mirada. Quiero que mi mundo sea mejor de lo que es. Me lo digo. Lo anhele. El mundo es demasiado vasto. Me parece imposible y puedo perder la esperanza. Cuentan que un filósofo pasó delante de varios hombres que picaban piedras para construir una catedral. Le preguntó a cada uno qué es lo que estaba haciendo. El primero de ellos respondió que estaba picando piedras. Tenía razón. El segundo, que estaba ganándose el pan para su familia. También tenía razón. El tercero, miró al cielo, y le dijo conmovido: *«Estoy construyendo una catedral»*. Esa mirada era aún más cierta. Tal vez todo dependa de mi mirada sobre la vida. Puedo hacer lo mismo y hacerlo de forma diferente. Puedo hacer algo sencillo, pequeño, oculto. Y estar convencido de que, con ello, con tan poco, estoy cambiando el mundo. Todo cambia dependiendo de mi mirada. Estoy construyendo una catedral mientras pico piedras, mientras me gano el pan. S. Francisco se encontró con el Jesús humano en la iglesia pequeña de S. Damián. Un Jesús que estaba a la altura de sus ojos. Y escuchó que le decía: *«Francisco, reconstruye mi iglesia»*. Francisco se puso manos a la obra. Empezó a poner piedras en esa capilla en tan mal estado. No intuía lo que de verdad Jesús le estaba pidiendo. Quería que renovase la Iglesia universal con su vida, con su amor sencillo y profundo. En ese momento sólo estaba preparado para reconstruir una pequeña iglesia. Más tarde iría descubriendo su verdadera misión. Jesús me pide a mí también que pique piedras hoy, ahora. Pero no quiere que me olvide de lo importante. Quiere que recuerde cada día que con mi esfuerzo estoy construyendo una catedral, estoy renovando la Iglesia, estoy cambiando el mundo. Aunque parezca que no es posible, que es todo muy pequeño, estoy haciendo realidad mi sueño. Mi sí a lo concreto, al trabajo diario, al esfuerzo que muchos no ven es lo que vale. Mi renuncia oculta y silenciosa merece la pena. Mi Fiat dicho con sencillez en la gruta de mi alma cambia el mundo. Ese sí pobre y humilde es el que de verdad cambia la realidad que quiero que sea mejor. En Nazaret está escrito sobre una roca: *«Hic Caro Factum est»*. En una gruta sencilla Dios se hizo carne en el sí callado de una virgen niña. Ese sí tan oculto, tan pobre cambió el mundo. Dicen que los grandes cambios en el mundo comienzan con algo insignificante. Demasiado poco importante para ser valorado. A menudo pienso que necesito tener un buen cargo, una buena posición, mucha formación y conocimientos suficientes para poder cambiar en algo el mundo. Me equivoco. Todo depende de mi sí en lo oculto. De mis piedras trabajadas con amor. De mi entrega silenciosa. Y de mi capacidad para soñar. Decía Pedro Salinas: *«Todos los sueños pueden ser realidad, si el sueño no se acaba. La realidad es un sueño. Si soñamos que la piedra es la piedra, eso es la piedra. Lo que corre en los ríos no es un agua, es un soñar, el agua, cristalino. La realidad disfraza su propio sueño, y dice: 'Yo soy el sol, los cielos, el amor'. Pero nunca se va, nunca se pasa, si fingimos creer que es más que un sueño. Y vivimos soñándola. Soñar es el modo que el alma tiene para que nunca se le escape lo que se escaparía si dejamos de soñar que es verdad lo que no existe. Sólo muere un amor que ha dejado de soñarse hecho materia y que se busca en tierra»*. Sólo se muere lo que no sueña. El sueño mantiene vivo lo que deseo, lo que persigo. Eso me mantiene despierto. Quiero tener un corazón soñador, un corazón de niño. Que no me conforme con lo que

tengo. Sueño con mirar más lejos. No quiero ser mediocre, quiero ser magnánimo en mi entrega. Quiero mirar más alto, más lejos, más adentro. A veces siento como cristiano que voy por la vida como si condujera un coche por una carretera estrecha. Temo chocar con los quitamiedos. Temo salirme de la carretera. Y me siento parte de un sanedrín que juzga y condena a los que actúan mal y viven en pecado. Decido yo quién actúa bien y quién mal. Es mi mirada una mirada muy pobre. Me gusta más la imagen del mar hondo y la barca con una vela, y unos remos. Una barca llevada por los vientos en lo profundo del mar. No hay carretera, todo es más incierto. Y el viento es el Espíritu que sopla en mi alma. Esta imagen ensancha mi corazón. Me hace soñar con cosas más grandes de las que ahora veo. Reconozco que prefiero el mar ancho y sin quitamiedos. Asumo el riesgo de vivir en una Iglesia que puede accidentarse. No vengo a juzgar y a condenar. **Vengo a socorrer a tantos heridos que veo a mi alrededor.**

Creo que la vocación tiene que ver con una llamada inesperada en lo profundo del alma. Dios pronuncia mi nombre y algo resuena con fuerza en mi interior. Lo hace a través de una palabra, de una persona, de una acción, de un paisaje. Provoca en mi interior un cataclismo. Todo cambia. Se rompen los seguros y parece que todo cobra sentido. Resuena algo en mi alma al escuchar el eco de su voz. Y comprendo entonces para qué estoy hecho, para qué he nacido. Hay mil vocaciones posibles, mil caminos por recorrer. Pero el mío es uno solo. Una forma concreta de vivir la vida, de amar, de mirar, de sonreír. ¿Cuál es la mía? Tengo una forma muy determinada de enfrentar los miedos y subir las montañas. Imagino mi vida como ir en barca en el mar profundo. Adentrándome más allá de la seguridad que me da la orilla guiado por el ideal que resuena en mi corazón. Respondo así a una llamada que grita en mi alma de hijo, de niño. Navego en mi mar abierto a todos los peligros. Surcado por vientos indescifrables, amenazado por tormentas imprevisibles. Mar abierto en el que la orilla queda demasiado lejos. Ese mar en el que parece no haber más seguros. Es demasiado hondo. Y me da miedo caminar sobre las aguas. Sé que si mi barca se hunde no seré capaz de sobrevivir en medio de las olas. Pero sé también que no soy yo el que ha decidido emprender este camino. Respondo a una llamada. Es la vocación de Dios que me invita a navegar mar adentro. Pero tengo miedo. Escucho su palabra, su voz tenue y noto su presencia. Y tengo miedo. William James, uno de los grandes psicólogos y filósofos de Estados Unidos, habla del descubrimiento más importante en el campo del desarrollo humano: *«Hasta ahora se pensaba que para actuar había que sentir. Hoy se sabe que el sentimiento aparece cuando empezamos a actuar. El pájaro no canta porque sea feliz, es feliz porque canta. El comportamiento cambia el sentimiento, el sentimiento cambia el pensamiento. La mayoría de la gente dice: - lo haré el día en que me sienta bien. No es este el camino. Comience a actuar inmediatamente, y las cosas cambiarán dentro y fuera de usted»*. Me pongo en camino porque sé que mi comportamiento, lo que haga, despertará sentimientos positivos dentro de mí. Con fuerza me echo a la mar. Palpo el miedo al reconocer mis límites, mis dolores, mis debilidades. Y no sé cómo enfrentar el sufrimiento. Pero al mismo tiempo veo las velas de mi barca vibrar con el viento y anhelar un horizonte eterno. Y sonrío en medio de las olas que superan mis fuerzas. Porque sé que Jesús va conmigo. En mi barca. Nunca se baja de ella. Y me dice que no tenga miedo. Me abraza y me pide que confíe. Yo confío. ¿Qué puede faltarme si Él va conmigo? Noto el viento y todo se mueve a mi alrededor. Siento las olas, el olor a mar, a eternidad. El comportamiento genera sentimientos. Cuando hago las cosas soy más feliz. No me detengo. Miro el horizonte amplio, queda muy lejos de la orilla. Siento el mar dentro de mi alma. Algo resuena en mi interior. Me gusta detenerme en Tierra Santa junto al lago de Galilea y contemplar sus aguas. Me gusta mirar las olas calmas, su horizonte cercano y lejano al mismo tiempo. Me gusta imaginarme la barca de Pedro en otras barcas que ahora veo. Me gusta imaginar a Jesús navegando por esas olas que ahora aparecen tranquilas. Me gusta perder mi mirada en el lago esperando encontrar sus ojos negros mirándome muy atentos. Solo así podré hacer caso a esa voz que me llama. Así es la vocación. Así es su llamada. Un grito dentro de mí, un silencio que tiene fuerza, una caricia que sosiega mis miedos, una sonrisa que espanta mis temores. Un fuego que arde dentro de mí. Y no se apaga nunca. Así es la vocación. Porque Dios me llama a entregar la vida, no a guardarla. Me llama a dar mi alma más allá de mis límites. Y no a temer perder mis seguridades. Confío en su presencia en medio de mis días. Lo veo caminando junto a mí sobre las aguas sintiendo el vértigo. Y le grito: *«Déjame ir hasta ti, Señor, si eres Tú el que caminas. Déjame vencer los miedos y caminar erguido sobre el mar revuelto. Tengo miedo. Pero me gusta más este mar inmenso que los límites*

estrechos que a veces me esclavizan». Navego mar adentro. Camino sobre las aguas. Mi corazón se llena de nostalgias y de anhelos profundos. Rompe su Espíritu la defensa de mis muros. Pongo mi vida en sus manos. Y sonrío. Así es la llamada, la vocación primera. Un amor en forma de lengua de fuego que desciende sobre mí y no me deja tranquilo. El fuego me pone en camino. Me siento más fuerte O quizá más débil. Ser cristiano no consiste en vivir evitando los escollos en los que podría encallar mi barca. Ser cristiano es navegar mar adentro sin miedo a dejar la orilla. Es navegar más allá de mis temores, de mis nostalgias, con las velas desplegadas. Es la llamada a ser santo, a levar anclas, a soltar las amarras. En la fuerza del Espíritu que sopla dentro de mí y me hace de nuevo. Un hombre nuevo. Sopla un viento cálido. Brota un fuego intenso. Solo sé que de repente entiendo lenguas que antes ignoraba. Y veo más cerca el horizonte que antes parecía tan lejos. Y llevo en mi corazón un sueño eterno, que ha sembrado Dios de repente en la fuerza de semillas pequeñas. Y llevo mis raíces conmigo aún más profundas. Porque lo que ha crecido en profundidad no morirá nunca. Eso lo sé, lo he aprendido. No morirá el amor verdadero y eterno en medio de las aguas. Las historias sagradas no desaparecen y no son nunca olvidadas. Quedan escritas en mi alma para siempre. Me las llevo muy dentro porque soy raíz y tronco. Soy ramas que llegan muy lejos. Soy pozo profundo que no tiene fondo. Soy barca y mar hondo. No me canso de amar en medio de mis mares. Y no dejo de anclarme de nuevo sabiendo del dolor que conlleva el despojo. Y estoy dispuesto a volver a volar siempre de nuevo por encima de acantilados y horizontes inmensos. Así es la llamada. Así es su voz que arde en medio de mis silencios. **Así es su amor que no se conforma con parte de mi vida. La quiere entera.**

Quiero ser un hombre libre. Le pido a Dios el Espíritu que me libere y me haga verdaderamente libre. Me gustan las personas que son libres en su interior. No se alteran cuando son atacadas injustamente, criticadas o difamadas. No temen la injusticia. No se dejan influir fácilmente por la opinión del mundo. Se mantienen firmes en lo que piensan aún corriendo el riesgo de perder la fama, sus bienes, sus sueños, su proyecto, su trabajo. Son libres y no temen las consecuencias del ejercicio responsable del don de su libertad. Saben lo que quieren y luchan por lo que desean. No tienen un precio por el cual alguien las pueda comprar. Me gustan las personas libres que no están atadas. Permanecen siendo libres incluso cuando les han quitado la libertad de movimiento. En Jerusalén, se encuentra la casa de Caifás. En ella Jesús fue juzgado y en su patio interior Pedro negó tres veces. Allí Jesús pasó su última noche encerrado en una antigua cisterna de agua convertida en prisión. Junto a esa casa se encuentra una escalinata de piedra de los tiempos de Jesús. Son piedras de esos años. Seguramente Jesús bajó por esa escalera recorriendo su último camino desde el Cenáculo al huerto de los olivos el jueves santo después de la última cena. Y horas después fue llevado por los guardias a la casa de Caifás, una vez tomado preso. Cuando bajó por esas piedras con los suyos Jesús era un hombre libre. Pero en su interior había miedos, sombras, nubes que ocultaban la luz. Sufría ante lo que venía. No tenía paz. ¿Qué pasaría con los suyos? El sufrimiento humano de Jesús. Después en Getsemaní Jesús entregó su vida. Y a partir de ese momento fue un hombre totalmente libre. Los ángeles lo consolaron cuando le gritó a su Padre: *«Aparta de mí este cáliz, pero que no se haga lo que Yo quiero sino lo que quieres Tú»*. Jesús fue llevado por los soldados por la misma escalinata que bajó libre un rato antes. Ahora subía atado. Ya no era Él el que decidía dónde ir. Era llevado por otros. Parecía un esclavo. Pero justo ahí, atado con cadenas, caminaba el hombre más libre de la historia. Ese Jesús encadenado, incapaz de defenderse, que callaba ante las acusaciones injustas, era el hombre más libre jamás conocido. Me impresiona pensar en Jesús así. Atado y libre. Esclavo y rey. Me conmueve ver su paz interior. Su calma infinita. Así me gustaría vivir a mí siempre. Tengo claro que Jesús quiere que sea libre. Decía el P. Kenterich: *«Tenemos que ser personalidades libres. Dios no quiere esclavos de galera, quiere remeros libres. Poco importa que otros se arrastren ante sus superiores, les laman sus zapatos y agradecen si se les pisotea. Nosotros tenemos conciencia de nuestra dignidad y de nuestros derechos. Sometemos nuestra voluntad ante los superiores no por temor o coacción, sino porque libremente lo queremos, porque cada acto racional de sumisión nos hace interiormente libres e independientes»*¹. Esa libertad es un don del Espíritu Santo. Un don que me rompe por dentro de mis ataduras. Me regala una paz que necesito para enfrentar la vida. Una confianza ciega en ese Dios que guía mis pasos. El Espíritu hace libre mi corazón de tantas cadenas, de tantos miedos, de tantas angustias. Leía el otro día: *«Aceptar lo que*

¹ Acta de profundación: 27 de octubre de 1912

venga o lo que suceda como voluntad de Dios, sea cual sea su precio espiritual, psíquico o físico, es el camino más rápido y seguro hacia una libertad del alma y del espíritu que supera toda comprensión y toda explicación»². Soy más libre cuando elijo lo que no deseo que suceda. Cuando le doy el sí en mi corazón y abrazo lo que tengo ante mis ojos. Cuando tomo entre mis manos heridas el cáliz que he de beber. Atado en las cadenas de los hombres sigo siendo el hombre más libre. Es lo que Dios quiere de mí. Que no sea esclavo. Que elija libremente la vida que se me regala. Decía el P. Kentenich: «*Se trata de formar hombres autónomos, capaces de decidir por sí mismos*»³. Hombres que toman decisiones en libertad. Sin temer las consecuencias de lo que deciden. Dios quiere que viva así, en libertad. Anclado en su corazón de Padre. Hay personas muy religiosas, pero no siempre en ellas reina la libertad. Leía el otro día: «*En estas personas reina la ley, pero no reina Dios; son observantes, pero no se parecen al Padre. Jesús busca la verdadera voluntad de Dios con una libertad sorprendente. Busca directamente qué es lo que puede hacer bien a las personas*»⁴. Jesús busca el hombre para que aprenda a amar en libertad. Y que amando pueda así liberar a los que ama. El verdadero amor no crea dependencias, libera. No esclaviza, enaltece. El amor que Dios derrama en mi corazón sana y libera. Así es el amor de Jesús en mí. Es un amor que no quiere que viva cumpliendo normas. Quiere que sea generoso. Su amor me lleva a ser magnánimo. No quiero vivir juzgando, condenando. Quiero vivir liberando los corazones atormentados que no tienen paz. Es el mayor don que pido en Pentecostés. Un corazón libre que libere a otros. Un corazón íntegro que viva sin temor a las críticas y juicios. Un corazón que se ancle en muchos corazones y los pueda llevar de la mano al corazón de Dios. Un corazón libre de prejuicios, de rencores, de temores. Un corazón reconciliado, capaz de perdonar y no vivir guardando rencores y resentimientos. Un corazón así es un corazón grande, que no tiene límites para darse. **Es libre en la fuerza del Espíritu Santo.**

Me gusta pensar en Pentecostés como la fiesta en el que comprendo todas las lenguas. Y hablo con palabras que todos entienden: «*¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno los oímos hablar en nuestra lengua nativa?*». Me gusta decir algo y que me entiendan. Que una palabra encuentre eco en el corazón de muchos sin tener que dar explicaciones. Me gusta que basten un gesto, una frase, un sentimiento, una emoción. Me gusta hablar en ese idioma del corazón que siempre comprendo. No quiero hablar sólo de teorías. Quiero hablar de la vida. Jesús hablaba en parábolas. Para que todos entendieran lo que decía. Hoy los apóstoles, llenos del Espíritu, hablan con palabras que todos entienden. Y el corazón de los que escuchan se enciende en un fuego que viene de lo alto. Es Pentecostés la fiesta de la unidad. En medio de las diferencias reina la comunión. En medio de los distintos carismas: «*Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común*». El Espíritu une. Hoy veo a mi alrededor que el que piensa diferente queda excluido. Y el que no está de acuerdo conmigo está contra mí. Hoy reina Babel en muchos corazones. Esa torre en la que la confusión de idiomas divide los corazones. No quiero que me dividan las ideas. Que los distintos puntos de vista me alejen de los que amo. Que la misma sangre se rompa por tener diferentes creencias. Es fácil separar al que no es como yo. Más fácil romper que suturar. Me cuesta hablar un idioma que integre. Y callar esas palabras que separan. Hay un lenguaje que acerca, el del corazón. Y hay otro lenguaje que aleja, el de la condena. Cuando no acepto al diferente. Cuando acuso al que no se comporta como espero de él. Imploro el Espíritu para que reine una comunión en la diversidad. Reconozco mis diferencias. Y las integro con las diferencias de los que amo. El amor siempre une. Acoge, acepta, integra, reconoce. Considera de su propia carne al extraño. Es misericordioso con el que no es exactamente igual. Pentecostés es la fiesta del milagro de la comunión. Tan lejos me siento de él a menudo. Porque no construyo puentes sino muros. Porque no acepto opiniones diferentes pretendiendo imponer las mías. Y me cuesta integrar los carismas distintos al mío. Necesito hablar un idioma que integre. Es importante que aprenda a hablar en el idioma que otros entienden. Así lo hace Dios conmigo: «*Con el tiempo terminamos conociendo el lenguaje de Dios, un lenguaje distinto para cada persona. Yo conozco muy bien el lenguaje que emplea conmigo,*

² Walter Cizek, *Caminando por valles oscuros*.

³ J. Kentenich, *Terciado de Brasil* 1967

⁴ José Antonio Pagola, *Jesús, aproximación histórica*

esa manera tan especial de mezclar lo humano y lo divino, y puedo afirmar que es maravillosamente adecuado. Más que de palabras, se trata de un amor que se despierta y que sé que viene de fuera, porque su origen no está en mí»⁵. Dios reconoce mi corazón y me habla de una forma que sólo yo entiendo. Lo hace Él que todo lo puede en mí. Reconozco sus palabras prendidas en mi pecho. Sé que sólo a mí me enciende de esa manera. Con sus silencios, con sus caricias. Me habla a mí de forma particular, para que entienda. Su lenguaje me acerca, me mantiene prendido de su piel. Así quisiera hablar yo siempre. El lenguaje de su amor es comprensible para todos. Quiero tener el don de hablar a cada uno en su propia lengua. ¿Será posible? Necesito tener una mirada más abierta. Un corazón más grande. No cerrarme en mi carne al diferente. No huir del que no es como yo. Percibir lo que siente el corazón que se acerca lleno de dolor y miseria. Entender sus angustias y percibir sus miedos. Y decir y callar las palabras precisas. Ni más ni menos. Mejor más silencios que palabras. Más gestos de amor que desprecios. Más abrazos que distancias. El lenguaje del corazón es algo nuevo que Dios pone en mí como un surtidor de agua viva. Quiero ponerme en el corazón del otro. Hablarle a él en lo que está viviendo. No vivir centrado en lo que vivo yo. Quiero escuchar más, callar más, hablar menos. Quiero un lenguaje que no conozca el reproche y sí el perdón. Un lenguaje que hable de esperanza y no viva amargado en las quejas. Un lenguaje que hable de la vida en la tierra. Anhelando el cielo. Un lenguaje que sepa reconocer y enaltecer el carisma oculto en cada alma. Me gusta ese lenguaje de Jesús escribiendo en la tierra. Y sus silencios llenos de misericordia. Y sus pasos alegres por el campo abriendo caminos nuevos. Y su lenguaje de vientos y calmas en medio del lago de Galilea. Me conmueven sus palabras llenas de vida cotidiana. Y su grito de misericordia desde el madero. Me emocionan sus bienaventuranzas dichas a gritos en lo alto de un monte. Para que todos entiendan que pueden ser felices en medio de sus miedos. Y me alegra ver su mirada directa, con ojos negros, pronunciando mi nombre. Conoce mi lenguaje. No lo olvida. Y me conoce en mi verdad, sin juzgarme. Me gusta el lenguaje de quien me ama, porque siempre me habla al corazón. Y comprendo que mis miserias no hay que esconderlas porque su amor las acoge conmovido y llora conmigo.

Esperando un cielo abierto cada mañana.

La paz acaba con el miedo. La alegría suprime la tristeza del alma. *«Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería».* El cenáculo era el lugar de la espera. El lugar del miedo y la oración. De las dudas y las esperanzas. Estaban *«con las puertas cerradas por miedo a los judíos».* En medio de la incertidumbre descendió el Espíritu Santo sobre ellos y se llenaron de alegría. Estaban como borrachos. Salieron a hablar de Jesús a todos los que buscaban respuestas. Pierden el miedo. Odian la violencia y la ira. Quieren ser pacificadores porque su corazón se ha llenado de paz. Están llenos del Espíritu Santo. Un ruido ensordecedor. Unas lenguas de fuego. Una presencia que enciende sus almas. Ya no tienen nada que temer. En la vida suelo tener miedo. Me da miedo el mar y me llena de dudas la incertidumbre. Me asusta el peligro de la muerte. La posibilidad de ver fracasar mis sueños. Me quita la paz el futuro incierto. Hoy viene el Espíritu Santo sobre mí para sanar mi alma. Para pacificar mis miedos. Para calmar mis ansias. Viene a llenarme con su fuego. Necesito un corazón pacificado y confiado. Necesito aprender a confiar en los planes que no comprendo. En los vientos que soplan dentro de mi alma. En las nubes que cubren el sol delante de mis ojos. Jesús me mira al darme su Espíritu y me llena de paz: *«Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: - Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envió Yo. Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo».* Su Espíritu me llena de paz y de alegría. Me gusta la fiesta de Pentecostés. Porque el Espíritu sopla donde quiere y arrasa con mis resistencias y puertas cerradas. El Espíritu desbloquea los muros que he construido para impedir que Dios irrumpa. Y lo hace. Llegan la calma y la alegría. El alma descansa mirando un mar inmenso. El mundo parece no tener fin. Dejo de pensar en pequeño y pienso en grande. Dejo de calcular mis días, mis horas, mis plazos, mi entrega. Dejo de contar lo que doy llevando cuentas del bien que hago. Dejo de ser tan mezquino. El Espíritu ensancha mi alma estrecha. Me hace generoso venciendo mis egoísmos. Me

⁵ Cardenal Robert Sarah, *La fuerza del silencio*, 66

hace misionero venciendo mis comodidades. Quiero un Espíritu que me saque de mis estrecheces. El corazón se alegra con una vida nueva. Necesito ese Espíritu que me haga pensar más en los demás y no tanto en mí mismo. Dejar de mirar mi problema para apreciar mejor las dificultades de otras vidas. Vivo encerrado en mí mismo. Busco mi comodidad. Mi propia cárcel. Veo mi cenáculo con las puertas cerradas. Protegido y cómodo. En oración. Pero con temor a que irrumpa el Espíritu y lo cambie todo. Con miedo a romper rutinas y seguridades. Imploro el Espíritu que me haga navegar mar adentro y no al borde de mi playa. El corazón teme los cambios y los anhela al mismo tiempo. Quiero la alegría del Espíritu que borre toda nostalgia, toda melancolía. Quiero implorar el Espíritu en mi oración de alabanza, en mis cantos, agradeciendo a Dios por la vida que tengo que es un don inmenso. Imploro que el Espíritu me dé la flexibilidad que tantas veces me falta. Me quite la tristeza de los ojos. Y llene mi alma de alegría: *«Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos»*. Le pido que venga a mí para cambiarme por dentro. Que transforme mi corazón de piedra en un corazón de carne. Necesito esa alegría y esa pasión por la vida. Quiero que me haga de nuevo para ser capaz de soñar con las alturas y no conformarme con mediocridades. Esa alegría que no me puede quitar el mundo porque me la da Dios para que quede en mí como algo permanente. **No lo dudo. Sueño con las alturas.**

Llega Pentecostés y acaban los cincuenta días de Pascua. Apago el cirio pascual que es Cristo. Me alegra tanto la Pascua. Es un tiempo de luz en mi mirada, de agua bendita en mis manos, de esperanza en mi alma, de sueños en mi corazón, de misericordia en el alma. Es un tiempo de Iglesia peregrina que sale de su comodidad para ponerse en camino llena del Espíritu. Esa Iglesia que grita conmovida: *«Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra. Bendice, alma mía, al Señor: - Dios mío, ¡qué grande eres! ¡Cuántas Son tus obras, Señor!»*. Quiero que el Espíritu de esta Pascua, de Pentecostés, renueve toda la tierra. Veo tanta tristeza y desesperanza a mi alrededor. Un mundo en el que faltan tantos valores. Tantos hombres perdidos que querrían apagar su vida en cualquier momento, para no seguir sufriendo. Es tan duro vivir así. Sin amor, sin esperanza, sin abrazos, sin hogar. Sin el corazón en calma, sin libertad, sin verdad. No es tan sencillo seguir viviendo día a día cuando falta lo necesario. Cuando no encuentro sentido al sufrimiento no deseado. Le pido a Dios que me mande su Espíritu: *«Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre; don, en tus dones espléndido; luz que penetra las almas; fuente del mayor consuelo. Mira el vacío del hombre, si Tú le faltas por dentro»*. Quiero que el Espíritu llene el vacío de tantas almas. Calme su inquietud. Alegre su tristeza. Que no me falte el fuego que acabe con mis impurezas, con mis pecados. *«Mira el poder del pecado, cuando no envías tu aliento»*. Cuando no reina en mí el Espíritu de Dios se hace fuerte mi debilidad. Y la tentación me oprime el pecho. No quiero dejar de luchar. Mi debilidad puede hacerse fuerte por el Espíritu. Ese Dios que viene a mí y me calma por dentro. Acaba con la fuerza de mi pecado. Porque mis debilidades me cuestan tanto. Y me hacen sentir incapaz de seguir luchando. Que venga sobre mí su Espíritu. Me apasiona este tiempo de Pascua en el que Dios hace fácil lo difícil. Acaba con los miedos. Logra que sueñe con paraísos antes inalcanzables. Hago milagros con mis manos. y mis palabras tienen una fuerza que no es la suya, viene de lo alto. Necesito un Espíritu que sane mis enfermedades y dolencias: *«Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero»*. Me gusta ese Pentecostés que transforma el cenáculo en lugar de misericordia. Todos son escuchados, acogidos, perdonados. Todos pueden empezar un nuevo camino en la fuerza del Espíritu. Pueden enderezar su sendero. Rehacer sus vidas. Me apasiona Pentecostés porque rompe las cadenas que me esclavizan. Y acaba con los límites que me impiden vivir con un corazón grande. El Espíritu es la lengua de fuego, la paloma que se posa sobre mí, el torrente de agua que cambia mi alma. ¿Creo en los cambios que puede obrar en mí el Espíritu Santo? Jesús infunde el Espíritu en los suyos. Y lo primero que les pide es que perdonen pecados: *«A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos»*. Convierte a los que ama en fuente de misericordia. No es tan evidente. Es lo primero. Confrontarse con la misericordia de Dios. Que perdonen mis pecados. Que yo aprenda a perdonar a otros. Quiero perdonar y ser perdonado. Igual que quiero amar y ser amado. Es lo mismo. Un amor misericordioso es lo que deseo en mi vida. Para poder darlo. **Imploro el Espíritu Santo que renueve la faz de la tierra, mi propio rostro. Mi alma enferma.**